

El regreso del Reino del Aire

N L. Sunflower



Capítulo 1

Un gran espejo dorado que estaba decorado con multitud de piedras preciosas y cuyos laterales convergían en una gran esfera pulida en oro, se apoyaba sobre la superficie de mármol de una de las alcobas que conformaban el Castillo más grande de los cuatro reinos. Se trataba de un círculo en el que se dibujaba una rosa llena de espinas, bien marcadas, como si cada una de ellas se hubieran tallado con los dedos más delicados del Reino y con un cuidado tan cariñoso como maldad podían tener.

Unos ojos violáceos y tristes estudiaban su reflejo. Ondas largas, plateadas y voluminosas acaparaban gran parte de este. Los rayos de sol bañaban e iluminaban su bronceada y suave piel. Una princesa con un corazón tan roto y destrozado que apenas creía poder albergar más dolor en él, y que, con el transcurso de los días, la agonía se adueñaba de su mente, invadiéndola y torturándola con una tristeza de la que pensaba no poder superar jamás.

«Ojalá todo hubiera sido diferente», pensó mientras se limpiaba una lágrima que brotaba de sus violetas y cristalinas esferas, anhelando no ser ella quien en unos días tuviera que representar a las hadas que tanto la odiaban.

Todo el reino, incluidos sus padres, la despreciaban. Eran incapaces de soportar que, precisamente fuera ella la legítima heredera al trono: una princesa sensible y frágil, carente de algo que ellos poseían: maldad.

Los reyes no habían sido capaces de concebir a ningún heredero más y lo habían intentado todo, desde la magia inocente hasta la más oscura de las maldiciones. Fruto del fracaso, muchos creyeron que el Reino del Aire estaba condenado a su destrucción, pues nunca había sido una reina quien se sentara en el trono de cristal y flores.

Aquellos seres tan alados como mágicos se regían por una serie de tradiciones que consideraban infranqueables. Escritas con una tinta élfica tan roja y fluida —que contrastaba con la pureza y blancura de los papiros sagrados— y que se hallaban guardadas en el cofre más protegido del Reino; relataban como los Reinos del Agua, de la Tierra, del Fuego y del Aire gobernaban el mundo de las hadas, y, como tan solo uno de ellos reinaría sobre el resto de ellos cada cien años, siendo el primogénito el único capaz de ostentar el título.

Pese a que los reyes del Aire se mostraban ansiosos del poder que sustentaría Amaríe, albergaban, al mismo tiempo, un temor que casi alcanzaba la ansia del mismo. En unos pocos días, comenzaría el décimo

reinado de las Hadas de Aire, aquellas que eran las únicas poseedoras de alas y cuyo reino, flotaba y surcaba los cielos.

Durante la última década, había comenzado a gestarse cierto descontento y culpaban a aquella flor dorada que crecía en el centro del Gran Bosque de Magicis Regnum, donde cientos de flores y seres mágicos la acompañaban. Una flor que llevaba respirando y fotosintetizando más tiempo aún del que hacía que nació la primera criatura, el ser más antiguo de un reino en el que cada vez faltaba más armonía.

Las lágrimas surcaban las suaves mejillas de la chica. Esa misma mañana la habían tachado de incompetente cuando había tratado de empuñar una espada. Le habían castigado alegando que aquello sería una formación que no obtendría jamás. Ella ansiaba aprender a defenderse, ya que, si fuera reina, quería tener la misma educación que todos los reyes habían tenido antes de ella. También era conocedora de lo mucho que anhelaban su muerte y no quería ser más diferente de lo que ya era, con ser fémina bastaba.

Dos toques en la puerta de madera resonaron en la estancia. Acto seguido, esta se abrió y la costurera de la princesa se adentró en su interior. Los latidos del frágil corazón de Amarie se desbocaron y se puso nerviosa, la mera presencia de Elina la alteraba más de lo que ella era capaz de admitir. Estaban enamoradas y mantenían una relación en secreto desde hacía más de un año.

No eran ignorantes y conocían el peligro que corrían. Si las descubrían, a Elina la harían arder en la hoguera; y a Amarie, la castigarían y torturarían en el mejor de los casos. Las relaciones entre hadas del mismo género estaban no tenían cabida en el Reino y les suscitaba a pensar, que el hada o ser, podría estar sufriendo una terrible enfermedad o en su defecto, estar poseído por algún espíritu demoníaco.

—Me he enterado de lo de ayer, ¿cómo estáis, mi princesa? —le preguntó Elina con preocupación después de comprobar que no hubiera nadie más en la habitación.

—¿Cómo creéis que puedo estar? —le contestó Amarie y, sin dar tiempo a responder, añadió haciendo un esfuerzo por no derrumbarse de nuevo, pues la presión que llevaba años sintiendo en el pecho no hacía más que crecer—Horrorizada, casi me matan. Todos, a excepción de ti, me quieren muerta.

—Y eso es algo que, por mucho que los años pasen, nunca entenderé. Aún no he conocido a ningún hada que sea más honorable que vos. Lo tenéis todo para reinar y ser una reina humilde y bondadosa —le dijo apesadumbrada y, tras una pausa, recordó el motivo que le había permitido visitar a la princesa —. Necesito que os desvistáis y os subáis al

taburete para que pueda tomaros las medidas.

Elina le confeccionaría el vestido para la coronación que se celebraría en tres días, y que daría comienzo al reinado de Amarie. La futura reina asintió y se quitó el vestido rosado que cubría su esbelto cuerpo. La seda se deslizó al suelo y Elina contuvo el aliento. La atracción y el amor que ambas sentían la una por la otra era más que recíproco.

—Os equivocáis. Esta mañana he tratado de empuñar una espada, y lo único que he recibido han sido abucheos e insultos. Eso antes de que los reyes me vociferaran, y me encerraran aquí —dijo lastimosa—. Además, tampoco tengo el respeto de nadie salvo el vuestro.

—No tenéis el respeto porque no os merecen, mi princesa. Ningún ser será nunca, demasiado bueno o buena para vos. Todos son y serán unos monstruos, cegados por sus ideas —le dijo Elina con el alfiler entre los dientes.

—Tengo mucho miedo, Elina. No sé defenderme ni pelear y los intentos de asesinato en el castillo son cada más frecuentes —expresó Amarie con el corazón encogido.

Elina se sacó el alfiler de la boca y lo dejó sobre la superficie del tocador, rodeó a Amarie—ya que estaba a sus espaldas—, y de puntillas, por la altura del taburete, posó sus suaves y pequeñas manos en las mejillas de su amada princesa.

—Pase lo que pase, siempre estaré con vos. Os amo, Amarie, ahora y siempre —le dijo con los ojos brillando por la reciente humedad que comenzaba a acumularse en los lagrimales de sus azuladas cuencas—. Incluso cuando os obliguen a contraer matrimonio con el futuro rey; cuando tenga que soportar en lo más profundo de mi ser, que lo beséis, lo miréis, concibáis a sus hijos y que, posiblemente, os enamoreis de él —las palabras abandonaron sus labios y apretó sus ojos, haciendo que las lágrimas que luchaban por desbordarse desde hacía minutos cayeran en picado, sin contención.

—Eso nunca sucederá, sois vos a quien quiero y si pudiera, escaparíamos. Marcharíamos lejos de aquí donde no tuviéramos que ocultar lo nuestro y pudiéramos ser felices —susurró Amarie con tristeza.

—¿Y dónde iríamos? ¿Creéis que no lo he pensado en multitud de ocasiones? —frunció el ceño —Todos los días, antes de dormir nos imagino en una casita de color verde menta, aislada de los cuatro reinos donde nos despertamos juntas, nos besamos sin miedo a que nos descubran, y, simplemente, somos.

Ambas se observaron los labios, y, con la emoción del momento, incapaces de aguantar el impulso, acercaron sus rostros. Sus labios se sumieron en una danza de pasión y amor donde el resto del universo quedaba fuera de su mundo. Tan fuerte e intensa era la conexión, que no habían sido conscientes de como la puerta se había abierto y uno de los guardias las observaba perplejo, asqueado y con desprecio.

—¡Son una abominación! Amarïe, isois un demonio! ¡Sacrilegio! —gritó la voz masculina del guardia.

El grito, las hizo separarse y observarse aterrorizadas. Ambas sabían lo que podría suceder a partir de ese instante.

—¡Huid! —le gritó Amarïe a su amada, aferrándose a una esperanza inexistente. A sabiendas de que por mucho que lo intentara, jamás lo lograría, pues el guardia avanzaba demasiado rápido hacia ellas.

—Nunca. Prefiero morir que separarme de vos —le contestó Elina sin apartar los ojos de los de su amada, tratando de memorizarlos para que cuando la muerte la desligara del Reino, jamás olvidara aquellos iris de matiz morado que no había visto en toda su existencia.

El guardia atrapó a Elina. Amarïe con el corazón encogido, sin dudarlo, se lanzó a golpearlo y a proferir maldiciones al tiempo que los puños se le magullaban de heridas y que, en unos minutos, acabarían amoratados. La llegada de otro guardia le impidió continuar con los golpes que, en realidad, no le habían servido de nada, pues su fuerza era ínfima.

Los reyes, con el rostro descompuesto y tratando de averiguar el motivo de las voces que resonaban en todas las estancias del gran castillo, entraron a la alcoba. Los guardias, con toda su maldad y deseo por castigar a la joven princesa, no tardaron en largar sin tapujos lo acontecido.

—¡Amarïe sois una zorra y una puta! ¡La mayor de las abominaciones del mundo! ¡No me puedo creer que seáis de mi sangre! —gritó la reina fingiendo horror y miró a su esposo.

—¡Matad a la costurera! —ordenó el rey devolviéndole la mirada a su esposa. Su mente festejaba lo mucho que le iba a beneficiar este nuevo giro de acontecimientos, en el que no existiría perdón para ninguna de ellas y se abriría la posibilidad alterar la legitimidad del trono.

—¡No! Prometo no volver a hacer nada parecido y sumirme en la mayor de las obediencias, pero, liberadla, por favor —Amarïe, suplicó entre lágrimas y gimoteos.

Los guardias se detuvieron ante la orden del monarca, que se acercó a su hija y la golpeó en la cara con toda fuerza y desprecio que emergía de sí mismo, haciéndola trastabillar y caer estrepitosamente al suelo. Tras el golpe, con decisión, sacó su daga de oro y con una mueca de asco, atravesó el corazón de Elina, que ahogó un grito cuando sintió como la daga le arrebatava su vida y cuya sangre, comenzó a salir a borbotones de su interior. La blancura del suelo de mármol, pronto se transformó en un baño de sangre y dolor.

Amarie perdió completa e irrefrenablemente. Ya no tendría el amor que compensaba las desgracias que la atormentaban. Su corazón ya no estaba roto, se había quemado como el fuego hace con todo lo que toca. Eran cenizas todo cuanto quedaba de ella.

El Rey limpió su daga en una zona de las faldas de Elina que aún no habían sido alcanzadas por el brote de sangre y con una mueca de asco, se dirigió a su hija, que no dejaba de observar las pupilas sin vida de la joven costurera.

—Y vos —comenzó a decir el rey —, jovencita, recibiréis cien latigazos y doscientos azotes. Rezadle a Flos silvae para que os cure de esta enfermedad que padecéis y os libre de los demonios que posiblemente os posean, porque me da exactamente igual que seáis la heredera al trono. Si he de mataros, lo haré orgulloso de librar al mundo de algo como vos —le anunció el Rey antes de marcharse por la puerta y deseoso de que transcurrieran los días que restaban para la coronación.

Tras la marcha del Rey, la Reina le lanzó una mirada rebosante de desprecio —que luego tornó a satisfacción— a su hija. Después, giró sobre sus talones y se esfumó tan rápido como la vida de la costurera lo había hecho.

Amarie recibió su castigo y no sintió dolor alguno. Ninguno comparable con su maltrecho y adolorido corazón. Ya no volvería a ver la viva imagen del amor de su vida. No escucharía su risa ni su aguda y chillona voz que, para ella, resultaba adorable mientras que, para el resto, no lo era tanto.

La noche dio paso al día, y el día, dio paso nuevamente a la noche. Amarie no tuvo acceso a comida ni a agua en todo ese tiempo, pero, en realidad, le daba igual. Ella no quería vivir. Deseaba morir con todas sus fuerzas. No había nada que la anclara a la vida. No le quedaba nada. A medianoche, comenzaron a escucharse gritos y abucheos que exigían la muerte de Amarie. El Reino ansiaba despedazarla y crucificarla. Los Reyes ya habían conseguido lo que tanto desearon desde que nació la princesa.

La puerta se abrió de forma abrupta y los reyes entraron a la estancia.

—¡Cogedla! —ordenó el Rey a sus guardias.

Amarïe, sin fuerza alguna, no opuso resistencia y se dejó arrastrar hasta la inmensidad del Gran Bosque de Magicis regnum. Volaron hasta el corazón de este, donde Flos silvae se alzaba entre destellos y brillos dorados. Todo el Reino del Aire estaba allí.

—¡Arrancadle las alas! —exigió un habitante.

—¡Arrancádselas para que no se escape! —bramó otro.

—¡A la hoguera! —gritó un niño hada.

El Rey, dirigió un asentimiento a los guardias y estos se las arrancaron de cuajo provocando un aullido de dolor de la joven. Después, clavaron la cruz de madera y púas delante de Flos silvae. Amarraron los brazos de Amarïe con cadenas de pinchos a ambos lados de la cruz, y las piernas, fueron encadenadas alrededor de la columna que se erigía desde el suelo. La princesa no les mostró dolor alguno, pues ella no hacía más que pensar en que quizá, ese fuera el único modo de volver a ver a Elina y librarse de la maldad que regentaba el reino. Solo quería desaparecer. Una vez inmovilizada, los habitantes del Reino del Aire lanzaron cientos de antorchas que ardieron sobre la que iba a ser su futura reina y el ente natural del bosque.

Flos silvae y Amarïe, lloraron entre las llamas, el fuego las quemaba, y el odio las inundaba en cada parte de su ser. Las hadas reían, y los reyes sonreían con altanería mientras pensaban en cómo, durante muchos años, reinarían los Cuatro Reinos. Con un último suspiro, los pulmones de la joven hada flaquearon y expiró. El sufrimiento de aquella maltratada joven cesó frente a aquellas criaturas que creían haber ganado.

Flos silvae, no era puramente una flor. Era mucho más. Sentía haber fracasado con la creación, y el dolor que sintió por la joven le invadió por todo el cosmos. Atormentada por tanta maldad y por aquella atrocidad que se cometió esa noche, juró para sus adentros que nada de lo ocurrido quedaría impune. No mientras ella pudiera intervenir.

El alma de Amarïe, no pudo encontrar la paz y Flos silvae, quien había jurado justicia, dirigió su alma a la reencarnación y las de todos esos seres, a un infierno particular. Un nuevo lugar para aquellos monstruos que decían llamarse hadas, donde vagarían por todo el reino y atormentarían al resto de habitantes, que no destacaban precisamente por ser mejores. La maldad castigaría con más maldad en un círculo sin fin.

Las hadas del Aire, entre aplausos y festejos, desconocían que, cuando murieran, su alma no descansaría jamás y que, la raza del Aire acabaría

extinta por y para siempre, hasta que Amarie regresara.

«Amarie, la primera de su nombre y la que ardió en la hoguera, volvería y ocuparía su lugar reinando sobre el trono de cristal y flores», deseé y anhelé con todas mis fuerzas. Haría todo cuanto fuese necesario para que ocurriera.

Capítulo 2

Prólogo

El cielo parecía estar tan enturbiado como la confusión que se impuso en mi mente y de la que me era imposible desprenderme. Aquel día, para ser un día de verano, hacía demasiado viento. Tanto, que podía escucharse como su rugido azotaba la Villa donde vivíamos. Las hojas bailaban en el cielo, trazando infinitud de siluetas abstractas, y la persiana que tenía frente a mí repiqueteaba sin cesar, siguiendo el ritmo que la madre naturaleza marcaba. Resultó ser un día, en el que me sentí como la protagonista desdichada de la película más dramática del mundo, o lo que es peor, me replanteé en que quizá era el destino, que se reía de mí y me gastaba una broma de mal gusto, de las que no hacen gracia sino todo lo contrario.

En bucle y con nerviosismo, deslicé y acaricié la pulsera de plata que a mi madre tanto le gustaba colocarse y que a mí tan bonita me parecía. Papá se la regaló cuando se conocieron. Era una cadenilla de la que pendían varios tipos de flores, con un acabado sencillo y marcado. Sin duda y en ausencia de comprensión alguna, era el emblema que contenía la rosa de espinas el que más me llamaba la atención de un modo insultante. Esos trazados tan cuidados me hacían sentir obsesiva, y sin saber por qué, cuando observaba la silueta con fijación, afloraba en mí una sensación extraña, que me hacía sentir una suave punción en el estómago. En cambio, mi flor favorita, era el girasol. Me resultaba cautivador como siempre, a pesar de todo, la flor se orientaba hacia la luz, dándole su espalda a la oscuridad. Genético o no, supongo que el amor que mi madre tuvo por la naturaleza no encontró fronteras para llegar hasta mi corazón, y es que ella sencillamente, adoró las flores. Ella tenía la floristería más bonita de la ciudad, o, al menos, a mí me lo parecía cuando era una cría.

Aquel emblema de la rosa...siempre pensé que era algún tipo de asociación psicológica, pero, en fin, ahora sé que no fue pura sugestión.

Sabía perfectamente que cuanto antes saliera del batiburrillo mental que tanto me perturbaba, antes podría digerir la realidad. Seguramente, habrían sido horas de malestar lo me habría ahorrado si mi hubiera levantado antes y hubiera cerrado esa puerta que tanto me estaba impidiendo aquella quietud que tanto necesitaba. Fue mi estupefacción, la que no me lo permitió. Me creía incapaz de salir de ella y erguirme de la silla desde donde contemplaba el exterior. Las palabras de papá habían impactado con demasiada fuerza en mi muro de contención emocional. Lo había agrietado y en ese preciso instante, no solo me enfrentaba a su decisión, sino que lo hacía a todo aquello que años atrás encerré bajo

llave y sin gestionar, con el objeto de, quizás, hacerlo algún día.

Una gota de sudor resbaló desde mi frente. El pelo se me adhería al cuello y mis nervios estaban a flor de piel. Si bien adoraba las flores, también odiaba el calor y, por consiguiente, el verano. Miré mi reloj de mano para comprobar que ya habían transcurrido dos horas.

Tratando de despejarme de la rumia que se estaba cebando de mi tristeza y enfado, alcé la vista y me concentré en el ventanal que mostraba el paisaje que tenía justo enfrente, en el que los árboles y los arbustos trazaban un largo camino hasta la enorme verja de hierro que separaba nuestra finca de otras muchas. Desde la butaca en la que estaba sentada, podía ver cómo, más que arreglar, el jardinero trataba de proteger del viento —con un acolchado de plástico y sin lo que dice apodarse “éxito”—varias plantas en flor que decoraban nuestro jardín.

«Uno que probablemente no volvería a ver jamás», nuevamente, la nostalgia me invadió y apreté los puños con fuerza.

Más sudor...

Cerré los ojos sin dejar de pensar en que este había sido mi hogar durante los dieciséis años de vida que tenía. Había jugado, aprendido y vivido. Había creado miles de recuerdos memorables y otros no tanto, como el día en el que mamá se fue para no volver, que, de eso ya habían transcurrido seis años. El dolor que sentí en aquel entonces fue desgarrador. Esa mañana de Navidad, los ojos de mi padre se vistieron con la mirada más triste que jamás había visto en él. No fue necesario que me lo dijera, lo supe en cuanto fueron sus manos callosas las que acariciaron mis mejillas y me despertaron, en lugar de que lo hicieran otras más pequeñas y suaves, impregnadas de olor a vainilla. Bien sabía que, si algo seguía haciendo mi madre pese a estar enferma, era fabricar fuerzas desde donde no existían las materias primas necesarias para generarlas, y fingir que no se estaba destrozando por dentro por cada paso que daba. Aun cuando debería de estar acostada, ella se levantaba por las mañanas para hacerme compañía mientras me vestía para ir al colegio, y, en plena Navidad, para pasar el día juntas.

Lo hacía siempre, hasta que un día dejó de ser así, porque, si algo tiene el tiempo, es el poder de manejar sus propios adverbios a demanda. Manipularlos y contradecirlos cuando así lo desea.

En cierto modo, siempre supe que ese día llegaría, mis padres se encargaron de ponerme en situación en numerosas ocasiones, pero, siendo tan pequeña, no discernía bien lo muy poco que nos quedaba juntas. Desde entonces, el día de mi cumpleaños, había sido un día de pena, lágrimas y recuerdos dolorosos. Una lucha que no cesaba en mi interior y que me preguntaba sobre cómo sería todo si ella no se hubiera

ido, y de si realmente la valoré lo suficiente mientras aún vivía.

—Cariño. Por favor, necesito que me digas algo o reacciones.

«Ahora mismo no tengo nada que decir», mi mente contestó en silencio lo que la voz era incapaz de pronunciar.

El tiempo no se detuvo, mi padre suspiró y, aunque no llegué a escuchar sus pasos, supe que había salido de la habitación. Volví a desviar mi atención al exterior y observé como una pareja de pájaros saltaba sobre el suelo cubierto de grava, con la esperanza de encontrar alimento. Abrían y cerraban el pico, devorando la pequeña lombriz que antes se arrastraba por el suelo. Dichosos fueron. O no, porque, en ese preciso instante, vislumbré algo que me hizo percatarme de que la suerte les iba a durar poco: detrás de ellos, un gato de color cobrizo y de abundante pelaje los acechaba. Probablemente, aquella desdichada pareja sería su almuerzo del día.

El gato del vecino se decidió a saltar, precipitándose sobre uno de los dos pájaros y clavando sus fuertes colmillos sobre la cabeza de la abubilla de plumas naranjas y acabados blancos y negros. Todo estaba acabado, al menos para una. La otra, alzó su vuelo en la inmensidad del cielo azul y el sol cegador.

Cuando mi padre esa misma mañana habló, sus palabras me alteraron la poca integridad mental que me quedaba. Soltarme apenas sin respiración la noticia de que nos iríamos de Madrid porque a él lo habían obligado a volver a casa, fue demasiado. Pero aún fue peor saber que los días estaban más que contados y que poco faltaba para ello.

Él iba a volver a la que había sido su casa antes de casarse con mi madre. La misma que pronto sería la mía. Y yo no quería que así fuera.

Siempre me consideré una persona optimista y afortunada, pero, en aquel instante, no sabía muy bien cómo hacerlo. Desconocía como darle la vuelta a todo aquello. En menos de dos días nos marchábamos a un mundo que poco tenía que ver con este, con el que yo consideraba real. Iríamos a un lugar donde la magia existiría y controlaría todo aquello a su antojo, incluso el tiempo. Desde luego, no sabía que aspecto podría tener, pero, tras los relatos que mi padre había contado alguna que otra vez, muy bueno no podría ser, con lo cual, era más que justificable y evidente mi rechazo a viajar a un lugar en el que no tenía interés de vivir o existir.

«Magicis regnum», así lo llamaba papá.

Aunque yo... bueno, muy normal y mundana no es que fuera. Sin magia y con madre humana, tenía padre feérico. Humana no era y hada tampoco. Aun así, por mucho que la incertidumbre mágica me abrumara de vez en

cuando, hasta esa fecha, mi vida había sido bastante «humana» y «normal». Ni siquiera a mis amigos les había contado lo que creía ser. Los humanos no sabían nada acerca de la existencia de las hadas. Y era mejor así. Sería una atrocidad lo que podrían hacer si lo descubrieran. O lo que ellas podrían hacerles a ellos si las molestaban.

Puede que no comprendiese la magia, pero el deporte siempre había sido lo mío, y si no... de eso ya se había encargado papá. Desde niña, me había exigido aprender todo deporte que implicara un poquito de violencia, aunque bueno..., dejémoslo en bastante en lugar de "poquito". Patear traseros no era algo que se me diera mal. Las estadísticas son números, y los números, objetivos y cuantitativos..., algo irrefutable, supongo. Por suponer, mi vena guerrillera podría incluso ser genética, y es que mi padre no era un hada cualquiera. Antes de que llegara al mundo humano y se asentara, era el comandante de la Guardia Real de Magicis regnum. Además, procedía de un linaje poderoso y noble. «O eso tenía entendido», porque, si así lo fuera, suponía que podría haberse impuesto para permanecer en Madrid más tiempo.

El motivo que hacía sentir desafortunada no era el hecho de que nos hubieran obligado a volver al mundo mágico que teníamos prohibido cruzar, «no».

«Era mucho más profundo».

Mi fe en la bondad de las hadas estaba «en un lugar equis extraviado por ahí». En pocas palabras, no existía, las odiaba. Razones no me faltaban: exiliaron a mi padre —que había protegido al reino en múltiples ocasiones— porque en una misión, se enamoró de mi madre, que era humana y decidió quedarse en su mundo, sin la previa aceptación del Rey.

Recordando en que debía de despedirme de Marta y Guille —que habían sido mis mejores amigos desde la infancia y quienes mejor habían comprendido mis peculiaridades—, apoyé mis codos en los brazos de la silla y me impulsé para levantarme y caminar hacia mi dormitorio. Estaba segura de que iban a flipar y no sabía muy bien cómo iba a explicarles que no podrían contactarme por teléfono ni por ninguna red social. En el camino, me encontré a papá empaquetando sus recuerdos y utensilios más preciados, lo cual, me recordó que debía de ponerme a hacer lo mismo con los míos, haciéndome sentir un ramalazo de realidad.

Me miró, lo miré, nuestras miradas se encontraron y una vocecilla en mi cabeza me gritó, alegando que, realmente, él no tenía la culpa de que tuviera que despedirme de mis mejores amigos y de dejar mi medianamente feliz—aunque incomprendida vida—, en Madrid. Bien podía haberme sentido feliz, sobre todo de niña, cuando aún disfrutaba de

mi madre, pero nunca había sentido que encajara con la sociedad.

Siempre me sentí una como una rosa extraña en un campo de girasoles.

Interrumpiendo el cruce de miradas, me tragué el orgullo y le sonreí de lado, y sin esperar más, me adentré en mi cuarto. Recogí mi móvil de la mesita de noche y envié un wasap por el grupo que compartía con mis dos mejores amigos, para vernos en el parque que quedaba cerca de su urbanización, la cual, compartían.

Cuando me contestaron que ya estaba tardando demasiado y que era toda una tarada por hacerles salir de casa con el tiempo que estaba haciendo en la calle, cogí las llaves de casa, la cartera y el casco. Bajé las escaleras y, sin mediar palabra alguna, entré al garaje para montarme en mi scooter. Aproveché la libertad y brisa que me otorgaba el trayecto en moto y me despejé de mis más tristes pensamientos. Los árboles desaparecieron para dar paso a las tiendas, comercios y edificios, que comenzaban a abrirse camino en mi campo visual. Una vez llegué y aparqué, allí estaban mis amigos, esperándome, bajo la sombra de un árbol. Como siempre, tirados sobre el césped del parque.

—Hola —mi voz no tenía su habitual emoción. Marta frunció el ceño y me observó extrañada.

—Hola, Cora —saludó Guille y me dio dos besos.

—Definitivamente, ese «hola» no ha sonado nada bien, Coraline —me dijo Marta cuando me senté sobre la hierba que cubría la tierra. Debía saber que me ocurría algo, me conocía demasiado bien.

—Lo cierto es que no. —Desvié la vista al frente tratando de concentrarme para poder tomar la fuerza necesaria y soltarles algo que a mi padre le había costado decirme incluso menos a mí.

El conductor de un coche que atravesaba la estrecha calle comenzó a pitarle a un patinete que, a decir verdad, iba a la velocidad máxima que exigía la vía, no más lento.

«Ay que ver..., icómo somos a veces!», negué con la cabeza y el carraspeo de mi amiga me hizo buscarla con la mirada, nuevamente.

—Desembucha —ordenó Marta al tiempo que recogió su cabello en una coleta. El viento también se presenciaba en esta zona de Madrid, aunque con menos intensidad.

«Allá iba». Acopié toda la fuerza de voluntad que pude y, sin mirar a ninguno de los dos a la cara y fijando la vista en la fina línea blanca que

trazaba un avión a su paso por el cielo azul, solté de sopetón.

—Nos mudamos y mi padre me lo ha dicho hace apenas unas horas. Y no quiero irme.

Marta abrió tanto los ojos, que parecía que iban salirse de la cara y, Guille, abrió la boca de par en par. Desde luego, se podrían haber esperado otra cosa, no esto.

—¿Acabas de decir que te largas o es que mi oído, últimamente «tarado», no ha entendido bien? —preguntó Marta.

—Me voy, Marta. Me voy, y no quiero irme. He estado viviendo aquí durante toda mi vida, no puedo imaginarme mi vida en un lugar que no sea con vosotros.

—¿Cómo? —Guille se pronunció, finalmente.

—Yéndome —contesté aun sabiendo que trataba de procesar más bien la noticia que esperando una respuesta literal como la mía.

Marta puso los ojos en blanco ante mi contestación. Posiblemente, estaba desquiciada por la poca información que estaban aportando mis respuestas y la mucha que necesitaba sonsacar. Y más ella, con su impaciencia. A mí me dolió tripas corazón darles tan pocos detalles y no me sentí precisamente como una buena amiga al pensar la enorme cantidad de mentiras que les diría. En cierto, modo, no supe cómo hacerlo y no estaba preparada para hacer algo así.

—Gracias por resolverme la duda, creía que te irías viniéndote —ironizó Guille, en un amago de restarle tensión a la situación.

—Es que no estoy entendiendo nada, Coraline. Necesito que te expliques mejor, ¿cuándo y a dónde os vais? —preguntó Marta.

—En menos de dos días, y, repito, no quiero irme —dije sin apenas voz, con un nudo en la garganta que amenazaba con arrancarme el llanto.

—¿Así de repen[1] [2] tino? Pero vamos a ver, Coraline, que tenemos dieciséis años y nos quedan dos para ser mayores de edad, ¿cómo va a ser para siempre? A ver, deja de mirar a todos lados menos a mí y explícate un poquito mejor —volvió a intervenir Marta y mi vista se desvió inconscientemente a Guille antes de mirarla a ella.

—Yo tampoco entiendo el porqué de que mi padre haya escogido precisamente el día de hoy para decírmelo sin apenas disponer de tiempo para digerirlo todo. —Murmuré dolida y verbalizando uno de los

pensamientos que más molesta me tenían.

—Esto es demasiado raro... —suspiró Marta, hizo una pausa y continuó, tras resoplar —Pero..., vamos a ver, ¿puedes contestarme de una vez por todas a dónde vais? Y no vuelvas a esquivarme la pregunta como llevas haciendo rato, que te conozco de sobra —exigió Marta y callada durante varios segundos, no supe muy bien que contestarle, pero al final opté por ser directa.

—Mi padre me ha dicho que fuera de España.

—Y ya está... —Marta contestó poniendo los ojos en blanco, hizo una pausa y cuestionó, pareciéndose debatir entre el enfado y la tristeza — ¿y tú no le has insistido en saber más?

—Cuando me lo ha dicho, no ha entrado en detalles y yo no tenía palabras para insistir, ya sabéis como soy a veces. Supongo que de algún modo ninguno de los dos lo hemos hecho porque sabemos que no me gustará el sitio al que me quiere llevar —mentí y me dolió más de lo que pensaba que lo haría.

—Desde luego que rarita eres y serás... Si a mí me dicen que nos vamos, lo primero que pregunto es a donde —me reprochó Marta aceptando finalmente lo que había contado y con los ojos vidriosos —. Entonces, te vas de verdad...

—Sí...

—¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer en el equipo de baile del instituto sin nuestra capitana? —preguntó Guille con el rostro abatido. Si yo era rarita, él en ocasiones se llevaba el premio con sus preguntas y sus respuestas. Ambos estábamos juntos en el equipo de baile del instituto. Guille era un chico muy bueno que lo había pasado muy mal en su infancia. Sus rarezas lo habían llevado a sufrir un bullying que duró tanto como tardamos Marta y yo en aparecer en su vida. Yo no podía con las injusticias, y ver a un amigo ser víctima de una panda de acosadores no era precisamente agradable.

Fui a contestar, pero Marta se adelantó, sin tacto alguno, dolida por la situación y comprendiendo la magnitud de la realidad.

—Guille, icállate! ¡Eso es lo de menos! —le gritó Marta y tragó saliva

—¿Qué es lo que vamos a hacer nosotros sin nuestra mejor amiga?

«Y vosotros tenéis la suerte de estar los dos», observé mientras las lágrimas se derramaban por las mejillas de mi mejor amiga.

—No sé cuándo volveré a veros, pero imagino que será en mucho tiempo —les confirmé y quise engañarme a mí misma también, sin usar un “y no nos veremos nunca más”, porque un “mucho tiempo” no es sinónimo de nunca, sino de una gran cantidad de días, meses, incluso años, según para quién. No cierra una puerta, la deja entreabierta. Y yo necesitaba aferrarme a algo.

—Más te vale que todo esto sea una broma, perra —dijo Marta, esperanzada de que así fuera, pero no lo era, por mucho que yo deseara que lo fuera.

Incapaz de soportar más la pena y la confusión que me recorría la mente, no pude evitar derrumbarme con mis amigos.

—No —chasquéé la lengua y en mi garganta comenzaron a formarse los gimoteos que acabaron inundando sonoramente el silencio repentino en el que se había sumido el parque. Incluso el viento parecía haberse espantado ante tanta tristeza, pues se había esfumado.

Marta, con las lágrimas empañando su rostro, se acercó a mí, me rodeó con su abrazo y sentí que, como su calidez, pese al calor que hacía en la calle a esas horas, me hizo sentir casi entera.

—Cora, sé que me estás mintiendo en algo. No sé en qué, pero por favor, espero que cuando estés lista, me lo cuentes —me susurró Marta al oído y sus palabras se clavaron en mi corazón como si de una estaca se tratase. Apreté los puños y me abracé a ella como si ella fuera puro anhelo y suspiro. Alguien a quien echaría en falta en un mundo con pura maldad y que nunca tendría.

—Joder. Me cago en la hostia —Masculló Guille y se unió a nuestros llantos y abrazos.

Sollozos y abrazos que no cesaron durante el resto de la tarde, lamentos como ya habíamos tenido mucho antes, pero ninguno, tan doloroso como este, con sabor a despedida.

Pasadas las ocho de la noche, nuestro camino se separó y, aunque ellos no lo supieran, yo sí sabía que lo más probable era que fuera para siempre. Marta insistió en que los llamara cuando supiera el destino; y en que seguiríamos en contacto. La realidad no podía ser más diferente, pero

no podía mencionarles palabra alguna del tema.

Cuando regresé a casa, mi padre estaba sentado en una tumbona del jardín leyendo un libro que, por mucho que traté escudriñar, no logré entender nada. Parecía otro idioma distinto al español o al de las hadas.

—Hola, cielo —me saludó.

—Hola, papá —me acerqué a abrazarlo. Estaba cansada y era incapaz de mantener durante más tiempo el mal rollo que había levantado entre ambos.

Durante toda la tarde, entre llantos e hileras de emociones y pensamientos desbordados, había pensado mucho en mamá, y supuse que, para estar enfadados, ya habría tiempo; en cambio, para ser felices, quién sabía. Si algo había aprendido de la vida era que, a veces, esta escogía el peor momento para llevarse a las personas que más amaras o quisieses.

«¡Qué zorra ella!», la vida, por supuesto.

—Quiero que sepas que, yo no... —comenzó a decir y me aparté de su abrazo. Quedamos enfrentados y vi en su rostro la gran culpa que debía sentir.

—Lo sé, tú no tienes culpa alguna y lo comprendo perfectamente, ya no soy una cría —le contesté tratando de aliviarle.

—Ojalá hubiera otra forma —su tono denotó tristeza.

—No la hay, y quizá, no sea tan malo estar allí. Siento lo de antes, necesitaba un rato para meditar y asimilar todo —le conté. No era mentira, de camino a casa había sopesado la posibilidad de que aquello no fuera tan malo como ya había prejuzgado, pues no sería la primera vez que así sucediese.

—Mi pequeña es toda una mujer —me observó con orgullo—. Te pareces tanto a tu madre...

Puse los ojos en blanco.

—Papá, ¡pero si lo único en lo que nos parecemos es en la estatura! —exclamé. Mi padre era altísimo, y yo, en cambio era de mediana estatura, como mamá.

—En la personalidad, tesoro —me aclaró.

Me acerqué a la mesa de mármol, y bebí a caño de la botella de agua que había sobre ella. Vacíé más de un litro, lo sé, exagerado. Estaba sedienta. Cuando se llora, se suda durante horas y se acaba deshidratada, es lo que suele pasar, que la hipófisis libere la hormona antidiurética al torrente sanguíneo y las ganas de beber agua lleguen a bocajarro.

Sin colocarle el tapón a la botella vacía, la arrugué y la estreché sin volver a enroscarlo. Entré a la cocina y lancé la botella y el tapón a la papelería de envases. Una de las cosas que mi padre me había inculcado desde niña, era el respeto y cuidado de la naturaleza. Siempre supuse que de allí de donde él era natural, se debía tener bastante en cuenta.

Era partidaria de que, en humanolandia/países del planeta habitados por humanos, un día habría tanta basura y contaminación, que deberían inventar un barco mecánico que pudiera evitarla y navegar entre ella. Eso, suponiendo que no nos extinguiéramos antes gracias a nuestra estupidez, o nos cayera un meteorito y saliéramos ardiendo. Sí, en ocasiones acostumbraba a ser algo dramática y exagerada. Durante mucho tiempo pensé que podría ser ansiedad, pero, más tarde descubrí que no era el miedo o estrés el que impulsaba este tipo de pensamientos, sino la ironía, así sin más.

—Hay ciertas cosas que tendré que enseñarte durante estos meses que nos quedan antes de que empiece el curso y tenga que ejercer como profesor —me anunció mi padre desde el jardín, rompiendo el gran debate interno que estaba teniendo en mi interior.

Pensaba empacar los objetos que quería conservar, pero, tras su anuncio, pospuse el plan para sentarme en la tumbona que quedaba justo al lado de la suya. Entretanto, observé el cielo estrellado y me sentí agradecida de haber podido vivir durante toda mi vida en las afueras de la ciudad. Esa luminosa inmensidad es todo cuanto muchas personas hoy en día pagarían por ver a diario. Justo cuando iba a perder tanta tranquilidad, empecé a valorarlo.

—¿Me enseñarás a utilizar la magia? —pregunté.

—No sé si tienes magia, Coraline.

—¿Y cómo lo podemos saber? —la pregunta escapó de mis labios antes de ni siquiera pensarla. Si no encajaba en este mundo cargado de estereotipos, ¿no lo haría en el otro tampoco? Porque si algo tenía claro era que, en un lugar mágico, carecer de ella sería todo cuanto contradictorio.

—Tu madre era humana, es muy complicado de saber, más adelante...

—Y... ¿Las hadas tienen alas? —necesitaba saciar mi curiosidad, que no cesó y menos tras su abertura al tema, ya que no solía hablar de lo que éramos.

—No todas.

—¿Yo tendré? —pregunté esperanzada. La magia me resultaba atractiva, pero, lo que siempre me había fascinado de las películas de hadas, eran sus alas. Debía de ser fascinante poder acariciar el cielo desde tan cerca. Tocar la libertad con los dedos y poder ver desde arriba todo aquello cuanto nos rodea.

—Tampoco lo sé, pero no creo —contestó muy seguro de sí mismo.

—Entonces, ¿qué sabes? —fruncí el ceño, pues me estaba dando esquinazo a las preguntas y realmente, parecía hacerse el tonto más que no saber.

—Tengo que enseñarte modales. Allí, la educación está cortada de otros patrones —me explicó. Y volvió a mirar de reojo el libro ilegible que tenía entre sus manos.

—¿Modales? Pero si soy una chica de lo más corriente y educada —le contesté extrañada. No entendía de que otra forma se debía de educar a alguien.

—Coraline, allí hay muchas aptitudes que no están bien vistas —me contestó con rodeos.

—¿Cómo qué? —pregunté. Quería entender a qué se refería y por qué le estaba costando tanto abrirse al tema.

—La vestimenta, por ejemplo —señaló mi vestido corto veraniego —, las mujeres han de vestir los vestidos largos y capas que se fabrican y cosen allí.

—Pues, ¡qué rollo! Yo no quiero cambiar mi estilo de vestir por ellas —me indigné.

—Se burlarán de ti. —alzó las cejas.

¿Se burlarían de mí? pues sí así lo hacían, que les dieran, y si les desagradaba, que se taparan o vendaran los ojos, porque no pensaba cambiar mi forma de vestir por un puñado de hadas estúpidas. Si aquella tarde había albergado un poco de esperanza en mi interior, mi padre acababa de borrarla de un plumazo.

—Qué lo intenten... ¿Algo más? —hice un amago de levantarme de la tumbona, me había vuelto a poner de mal humor y no me apetecía que fuera mi padre quien tuviera que soportarlo.

—Cielo, allí lo mejor que podrás hacer será pasar desapercibida.

—Sabes que soy incapaz de hacer eso, papá —chasquéé la lengua. No era mentira, me gustaba demasiado a mí misma. Me había costado horrores casi aceptarme tal y como era como para que tuviese que cambiar por un atajo de..., ahí lo dejé, no quise que el pensamiento fuera a más. No obstante, mi fuero interno era de esos que, cuanto más le negaras algo, más lo quería.

Fue como cuando le dije a papá que quería hacerme un piercing en el ombligo y se negó rotundamente. Estuve durante tres meses insistiendo todos los días. Al final, le dije que me lo iba a hacer con o sin su consentimiento y, que el hecho de que tuviera que firmar un papel por ser menor de edad no me iba a frenar. Le di la elección de venir conmigo a un estudio más legal, o me iba yo sola a otro más chanchullero. Finalmente, fuimos los dos y, observó—claramente disgustado— como me atravesaban la carne con una aguja. Una hora más tarde, estaba eufórica y no dejaba de mirar la perlita rosa que decoraba mi ombligo.

—Mañana hablaremos de forma más tendida cuando tengas todo más asentado y estés descansada.

«Como si una noche fuera a hacer maravillas conmigo».

—Buenas noches, entonces. —me despedí con un beso antes de levantarme y dirigirme a mi cuarto.

Con las luces encendidas y el fresco de la noche, preparé todo aquello que me llevaría a ese nuevo lugar que, extrañamente, aun esperaba que acabara siendo un hogar. Una parte de mí anhelaba encajar en algún lugar.

Toda mi ropa en maletas.

Todas mis fotos, discos musicales, reproductores de música, baterías y cartas en cajas.

Una incertidumbre de ideas futuras y una constante contradicción sobre un mundo que jamás había visto.

«Veríamos».

«Magicis regnum, allí iría».